

MIEDO

INFINITO

PODRIDO

NO.

13

ESFORA

MICROFICCIÓN POESÍA ENSAYO CUENTO RESEÑA

SANTUARIO

NADIE

“

“Entonces, ¿por qué ha escrito usted todo esto?”, me preguntarán ustedes seguramente. Me gustaría saber lo que habrían escrito ustedes si yo les hubiera tenido encerrados e inactivos durante cuarenta años y, transcurrido este tiempo, los hubiera ido a visitar al subsuelo para comprobar en qué se habían convertido.

MEMORIAS DEL SUBSUELO, FIÓDOR DOSTOYEVSKI

CARTA EDITORIAL

...

Hace poco ofrecimos al lector un número marcado por la individualidad, pero una individualidad agónica, desesperada por hallarse. Muchos de los textos que siguen se moldean gracias a un yo persistente. Incluso se habla de ego y espejos. Pero aun así, parece que la situación de esas primeras personas, el pavimento donde las vemos incidir, es el cuerpo común de este número.

Muchas de ellas son concretas: un café, una casa o un santuario. Otras son más bien simbólicas, y pueden ayudarnos a ver y sugerir temas importantes: un calabozo infinito, una ciudad grisácea y un velorio. Hay un tercer tipo de situación: el propio texto, la producción de un lugar escritural. Así vemos, por ejemplo, páginas que hablan de textos, imaginarios que dan forma a memorias, omóplatos que se tornan en sueños, y relatos sobre poesía.

Uno de los temas con mayor presencia, la muerte, es igual de corpóreo y palpable: víctimas y sangre, aunque también sombras y miedo. Terminamos con otro rasgo considerable dentro de estos escenarios: su dualidad. Junto a lo devastado, lleno de alambres y perros de nadie, parece existir el augurio, o quizá la cavilación, de una divinidad adormecida.

Los editores

DIRECTORIO

Editor responsable
Clemencia Corte Velasco

Editores responsables de este número
Carla Laura de la Hidalga Jiménez
Eric Josué Ibarra Monterroso
Montserrat Flores Castelán

Consejo Editorial
Carla Laura de la Hidalga Jiménez
Eric Josué Ibarra Monterroso
Fabiola Lucía Fuentes Morales
Marielo Regina Polo Chávez
Montserrat Flores Castelán
Paula Stefany Hernández Gándara

Dirección de diseño
Marysol Fuentes Silva
Melissa Ybarra Ocadiz

Diseño
Abraham Torres Hernández
Ana Belén Ahuatzí Pinillo
César Godínez Bolaños
Deniss Carolina Sánchez Escalante
Diana Laura Mendoza Delgadillo
Laura Andrea Gómez Mendoza
Lilia Alejandra Linares Tochiuitl

Comunicación
Eric Josué Ibarra Monterroso
Fabiola Lucía Fuentes Morales
Guadalupe González
Paula Stefany Hernández Gándara
Rebeca Emelina Ruíz Martell

Colaboradores

Adriano Duarte
Ángel Godínez Serrano
Carlos González Andino
Juan Pablo Restrepo
Laura Leticia Valencia
Marcelo López Marán
Oliver Muciño
Paco Carmona
Patricio Vega Arrobo
Rodrigo Ramírez del Ángel
Salenka Chinchin
Víctor González Astudillo

Portada

Mariana Melissa Ybarra Ocadiz

Fotografía

Ezequiel Fernández-Jardón Perdigón

ESFORA, Año 2, No. 13, junio a julio, es una publicación mensual editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Carla Laura de la Hidalga Jiménez, Eric Josué Ibarra Monterroso y Montserrat Flores Castelán, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: jueves 3 de agosto 2017. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA

NÚMERO 13

CUENTO POESÍA RESEÑA MICROFICCIÓN

ÍNDICE

- 6 Pica o no pica**
Paco Carmona
- 7 Primeras escrituras**
Víctor González Astudillo
- 11 La causa**
Marcelo López Marán
- 12 La ontología del espejo**
Ángel Godínez Serrano
- 13 Paloma almidonada**
Juan Pablo Restrepo
- 14 Calhidra**
Paco Carmona
- 19 Melodía perpetua**
Adriano Duarte
- 20 Fue al despertar y no tener cabeza**
Patricio Vega Arrobo
- 22 Memorias (Madre)**
Carlos González Andino
- 23 Café**
Laura Leticia Valencia
- 24 Santuario. Apología de la maldad**
Oliver Muciño
- 26 Niños perdidos
Alguna sed
De este lado del miedo**
Salenka Chinchin
- 27 La importancia**
Rodrigo Ramírez del Ángel

Paco Carmona
Puebla, México
f: Paco Carmona

PICA O NO PICA

-Te vendo este pato.

-Pica o no pica.

Mi rutina consistía en zarandear un pato de hule del pescuezo.

-Ahora enojado.

Hubo muchos cambios, ni siquiera era payaso.

-Pica o no pica.

Las jaulas se volvieron inútiles, mi trabajo vio el fin cuando enterré a los leones, elefantes, jirafas, orangutanes y perros amaestrados que murieron en menos de un mes.

Las tardes son tristes, la lluvia es negra y nadie llega al circo. Mis manos sudosas aprietan el cuello del pato de hule, espero maquillado a que todos mueran.

-Te vendo este pato.

Hoy no llegó nadie, me quedo parado en medio de la pista. Ya no hay luz. La lluvia me permite acabar mi rutina, nadie puede escucharme.

-Pica o no pica.



m r i m e r a s s e n t i d o s

q

VICTOR GONZÁLEZ ASTUDILLO
Santiago, Chile
f: v.gonzalez21

Con la espalda curva un hombre golpea las teclas de su notebook. La temperatura del cuarto sube con el pasar de las horas. Dentro de su cabeza [Imágenes superpuestas/ descomposición/ pequeños atisbos de fotografías imaginarias] un hombre escribe una bitácora secreta mientras otro le apunta la cabeza con una pistola. Un pasajero descubre su nombre escrito en la baranda de un autobús. Al borrarlo, el vehículo se estrella. Otra imagen. Una mujer sueña que es un ángel. En el sueño puede verse a sí misma y se nota obscuramente humana. Al despertar, toma una cadena y se cuelga del techo. Las imágenes se revuelven.

El cuerpo le tiembla, se muerde los dedos. Entorna los ojos y vuelve las manos al teclado. Reescritura. Hay que reescribir los diálogos. Hay que borrarlos. Reescritura. Repite el ciclo. Nuevamente el revoltijo de colores. La cabeza le hierve, no ve nada, el vapor le nubla los ojos. Las manos se le caen. Producto del agobio de no poder escribir nada, Gonzalo se desparrama en su silla y cierra la cabeza entera. A pesar de todo, el rostro de Gonzalo despide la apariencia de una esfinge. Duerme.

Gonzalo tiene una cara multiforme. Cuando escribe sufre a ratos la muerte de sus músculos. La cara se le cae, se nota avejentado, ojeroso, atacado por lagunas negras, forados del tamaño de un puño en la superficie de la memoria, pero cuando duerme o simula estar en un trance como el de ahora, su cara se mueve como si pequeños animales pasaran por debajo de la piel. El tiempo se desacelera, las venas le vuelven a palpar. Gonzalo regresa a su estado primitivo.

Con la cabeza cerrada, recuerda las cosas que hizo antes de encerrarse en su habitación. Desde eso ya han pasado ocho días: luego de una visita improvisada de la Maca, uno duerme y el otro lo imagina desnudo. Gonzalo despierta. La vagina y el pene. El pene y la vagina. Al terminar, Gonzalo se lanza de espaldas y repara en los secretos del techo. Su casa, que es toda de madera, genera figuras circulares en las tablas que cruzan el cielo. Las figuras son similares a orificios hechos con un taladro. Esto le incomoda profundamente, como si alguien le observara desde el entretecho. Toma la ropa desperdigada por la cama y se cubre el sexo. Al rato se le observa sentado en la silla de su escritorio. Oye Cheve, te traje una sorpresa. ¿Qué me trajiste? Mira, un libro raro que me robé de la casa de mi tío. El libro tiene la apariencia de ser clandestino. Se hace evidente que su fabricación no pasó por un trabajo editorial. Gonzalo piensa que se parece a los libros que venden los escritores callejeros; una mezcla de artesanía con literatura emergente.

Debe ser un trabajo del tío de la Maca. Lo toma con cuidado y revisa su contenido. Una antología. En la primera página hay una pequeña inscripción:

El presente libro es un trabajo recopilatorio de 20 voces jóvenes de la nueva literatura urbana en Latinoamérica. El oficio escritural, el desarraigo, la renuncia y la pérdida son los ejes argumentales de los relatos en la presente antología.

Todos los relatos son anónimos.

Siente curiosidad. Son tres cosas las que excitan el corazón de Gonzalo:

1. Cuando llueve y el viento pareciera cruzar los ventanales.
2. Las caderas de la Maca, las cuales parecen ser de una estatua romana.
3. Las letras perdidas. Lecturas extrañas, de naturaleza contrabandista.

Gonzalo recuerda de sopetón que lo observan. Siente pudor de su desnudez.

El tiempo avanza. Todos están vestidos. Gonzalo, que sigue en su silla, comienza a divagar. Con los ojos puestos en una silueta mental, Gonzalo se refiere de modo extenso a los poemas de un tal Roger Rabinovich, un autor norteamericano a quien se le perdió la pista luego de la segunda guerra mundial. Sobre el trabajo de Rabinovich se sabe lo siguiente: escribió su obra tanto en inglés como en hebreo. Pocas son las traducciones al castellano. Hizo un uso indiscriminado de la libre escritura, aunque su métrica siempre osciló dentro de los márgenes del verso menor. Respecto a los escritos, estos pertene-

cen al poemario *Manufacturing Code* (Rabinovich, 1941). La lírica se refiere principalmente a un grupo de mujeres que pertenecen a una raza desconocida. Algunas viven en sociedades industriales, otras recorren basurales infinitos. Dentro del poemario, las mujeres poseen pedazos de metal manufacturado en vez de carne y una estructura ósea. Sobre la piel le recorren códigos extensos de industrias automotoras. La Maca es consciente de la realidad de los poemas: es parte de una ficción. Gonzalo es, de algún modo, Roger Rabinovich, aunque solo de forma locutora. Las palabras de Gonzalo son equivalentes a la duración de una pulsión eléctrica. Se vuelven vapor como sus pensamientos. Por su parte, la Maca disfruta de las mentiras que parecen literatura. En silencio, observa las formas geométricas que hacen los labios de Gonzalo. Cuando habla, constantemente mueve los brazos, emulando contorsiones natatorias. Cuando Gonzalo miente, se ahoga. Flota inerte en el agua. Otras imágenes: los libros sobre los muebles. El gato y sus deseos de escapar por la ventana. Los orificios del techo. Los libros desordenados sobre la cama. El libro que le regaló al Gonzalo. Mi cuerpo. Mi cuerpo extendido. Mis piernas largas. Mis uñas mal pintadas. Se me hizo tarde Gonzalo, me voy para la casa. Ponte a leer Cheve. Luego me hablas.

Cuando la Maca abandona el cuarto, Gonzalo revisa con ansiedad el libro que le han traído. Lo abre aleatoriamente y se encuentra con el siguiente texto:

Durante el otoño, un estudiante de Abogacía en la Universidad de la República del Uruguay decide abandonar todo y dedicarse al incierto recorrido de ser escritor. Al pasar de un año, el protagonista se ve sumergido en un cruento abandono. Mientras los días avanzan, el joven escritor se esmera en desarrollar uno de sus primeros proyectos. De pronto, las hojas de su cuadernillo lucen todas escritas, pintadas con garabatos y otros rayados que solo él entiende. Una chilena de cabello rizado y de piel morena se entrelaza con la soledad del personaje. Inician un intenso romance. Inconscientemente, la mujer empieza por aparecer en los relatos breves sobre las noches ruidosas de Montevideo. Los meses pasan. El protagonista, al notar que tiene el suficiente material como para construir un libro, toma la decisión de enviar su trabajo a un certamen literario en su ciudad. Luego de esto, los días vuelven a oscurecer. La mujer le revela al protagonista que debe volver urgentemente a Chile. El joven uruguayo decide acompañarla. La mujer se lo impide. Desaparece. Tras la salida abrupta de la mujer, el fallo del certamen sale a la luz. El protagonista es premiado con el segundo lugar y algunos de sus relatos son publicados, luego decide volver a la universidad. El seudónimo del cual hace uso el protagonista, no es otro que el de Gonzalo Echeverría.

Tras la lectura, Gonzalo se siente atravesado por una serie de golpes eléctricos. Sus deseos afloran de manera bulliciosa: escritor. Gonzalo entiende la lectura que acaba de realizar como un tipo de augurio o una señal premonitória. Luego de esto cae en un sueño profundo y se ve a sí mismo encerrado en su habitación escribiendo por largas horas. Al despertar, el sueño pasa a tomar forma corpórea. La extensión del sueño ha sido de 8 días.

Sobresaltado por el ruido de su teléfono celular, Gonzalo rompe su trance y recorre la habitación en busca del aparato. Al encontrarlo, se da cuenta de que lo está llamando un amigo: el Luciano. Por un rato duda en responder. Sigue mareado. Siente la lengua trabada. Al final decide contestar: ¿Luciano? Wena, ¿cómo estay? No, aún no he escrito nada. ¿Sí? Eh sí po, sí, dale, cuéntame. Lo que oye de la boca del Luciano es lo siguiente:

A la entrada de un bar el Luciano se encontró con la Maca. Esta última no se percató del amigo de su pareja. El Luciano optó por no saludarla. Entró con un tipo alto, bien flaco con el pelo largo. Tomaron una mesa arrinconada y pidieron unos tragos. Con intenciones de seguir observando, el Luciano toma asiento junto a sus amigos en una mesa lejana a la de la Maca, siempre con el cuidado de que esta no lo note. Al pasar de los minutos, el Luciano nota que la Maca se ve triste, inquieta, quizá aburrida. Tiene los

labios apretados, las piernas cruzadas y pareciera no quitar la vista de un punto fijo en la pared. Siguen hablando, la Maca y el desconocido. Se acercan. Se dan un beso. La Maca lo interrumpe repentinamente, toma sus cosas y se marcha del lugar. Pasa por un costado del Luciano y aun así no lo nota. La Maca marchaba con los ojos cerrados. La historia culmina con una pregunta nerviosa: Oye, Gonzalo, hueón, ¿sigues ahí?

Sí, sí estoy.

Por un rato, lo único que se oye en el celular de Gonzalo son los chasquidos de la línea telefónica, luego el Luciano dice que llamará más tarde, que cualquier cosa le avise. Chao, hablamos.

Gonzalo, quien estaba desparramado en su silla, ahora toma una forma líquida y se estrella con el piso de su cuarto, tal como si fuera una mancha de aceite. Gonzalo, quien acostumbraba aparentar unos 7 u 8 años más en el cuerpo, ahora se ve como un adolescente lleno de espinillas y con el pelo graso.

El cuerpo le tiembla, se muerde los dedos. Entorna los ojos y vuelve las manos al teclado.

Gonzalo Echeverría logra escribir su primer cuento.

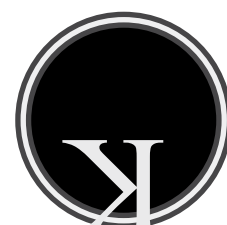
Marcelo López Marán
Corrientes, Argentina
f: Marxscell

La Causa

Sabe, hoy desperté en Corrientes. Me estremecí. La ciudad se me abrió en la página 13. Entre las letras de tanta gente, la descubrí. No parecía usted la desgracia. Esa pasaba cuatro páginas delante. En este capítulo me introduje, la consideré un nudo, sin desenlace. Sabe, yo la supe. Era usted la mujer de mi muerte, la de mi vida ya la había olvidado muchos libros atrás. Yo andaba a pie, como se estila en los comienzos. Usted no andaba, no funcionaba, estaba parada. Igual que mi celular, igual que mi reloj. Aunque ya no existían relojes, el índice delataba el tiempo: las menos 12. Sabe, usted lo sabía, en Corrientes nunca nada funciona, los colectivos, los mercados, la quiniela, la gente que apuesta su suerte en cada número, nunca funcionan, y usted se queda parada, sin marchar hacia atrás. Al pie de páginas, anoté: tampoco con usted iría a funcionar. Decidí acelerar, salir del punto muerto, utilizar el suspenso de cruzarla una vez más, al menos. Llovía y su reflejo en los charcos de la avenida Abril, me la entregó empapada de sol. Encandilaba cuando la choqué, por eso no pude verla, no quise verla ja/más. Eso le dije a la policía, la policía que me detuvo, que me interrogó acerca de su final. Yo no pude verla, menos re/conocerla: embarrada en mis lentes, oculta en mi ensucia parabrasis, ya no me buscaría usted, no me encontraría ya, yo era un sinónimo de tierra enmugrecido en el olvido, el antónimo preferido de los que no quieren recordar.

Porque sabe, usted era la mujer de mi muerte, mi vida ya estaba corriendo detrás. Por eso la dejé morir, antes de tentarme a una secuela. No hay trilogías en Corrientes.

A veces, es mejor así.



Ángel Godínez Serrano
Ciudad de México, México
t: @AngelGodSer

La ontología del espejo

Todo mundo sabe que los espejos odian al cielo y al mar, pero sobre todo a otros espejos. Frente a frente pierden su individualidad, la posibilidad de tener cualquier rostro, el sueño de ser todo. Saben disimular la aversión. Van por ahí, con su cara de mercurio, adueñándose de la luz, personificando al ego, timando al mundo con ser un reflejo de la realidad. Sin embargo, el miedo siempre los acompaña, latente, secreto, recóndito. El pavor de toparse con otro espejo los estremece, distorsiona sus formas, los tuerce, terminan doblegados y optan por quebrarse. Cara a cara encarnan el infinito, el deambular eterno de lo imperecedero, el movimiento estáticamente perdido. Se miran como en realidad son: vacíos; reflejo de todo lo existente. Poco a poco sus miedos más íntimos se apropian de ellos.

Saben bien que no hay nada tras la muerte, que sólo tienen una función ornamental para los dioses (si es que existen), que al final el alma se diluye, que si se halla la vida eterna no habrá de satisfacerlos, que se viene de la nada y a ella pertenecemos, que la vida es un parpadeo efímero y frívolo, que no hay sentido, que no hay razones, que no hay un motivo, que no hay nada. Abominan personificar el infinito. Y se preguntan: ¿cómo es que los hombres pueden verse cara a cara todo el tiempo?

Juan Pablo Restrepo
Medellín, Colombia

Paloma almidonada

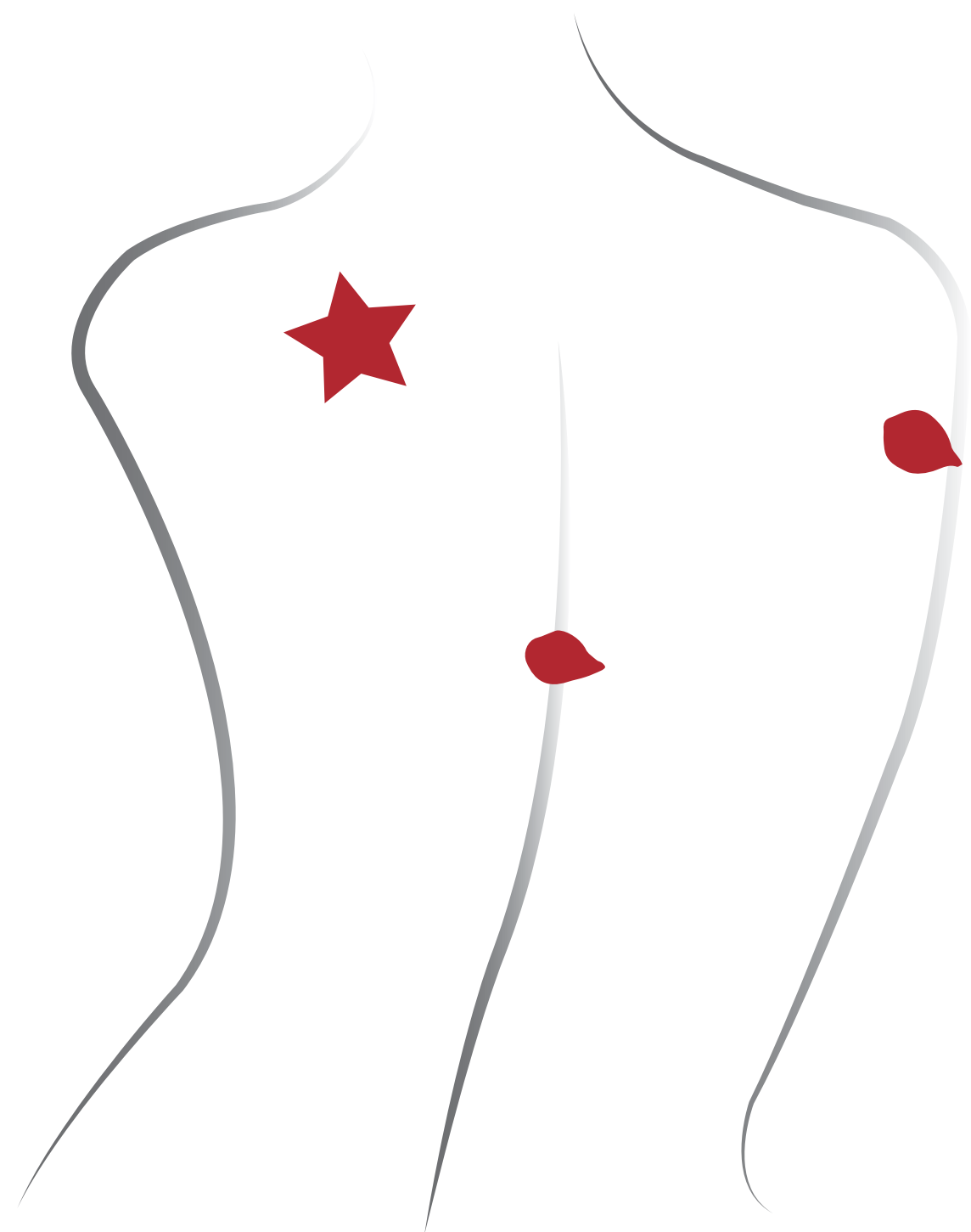
Penetrando en el texto
Que de a poco se convierte en paloma,
Y la nube que canta
Se envuelve en su cola
Y limpia sus lágrimas rojas,
Y la señora que pasa
Y se eleva en su paraguas.

Ciertamente mis ojos son
Como una persiana
Ciertamente no se puede decir
Qué hay
Tras la persiana.

Habrà que imaginar
Cielos oceánicos en llamas,
Un derrame de gorriones,
Fantásticos sepelios entre
Cucarachas vestidas de blanco.

Agarrarse a la persiana
Y colgarse entre sus cuerdas,
Y ser parque, gato
Una hoja seca traviesa.

Pintar paisajes
En paredes blancas,
Cantar herejías
En iglesias imaginarias,
Poner tildes
A palabras que no existen,
Y quizá, de paso
Ser.



CALHIDRA

Paco Carmona
Puebla, México
f: Paco Carmona

Como si le rascara la espalda al mundo, diseñaba una fosa profunda y cómoda para su víctima. La atrapó mientras comía, sin gran estrategia, esperó pacientemente acorralándola con los ojos. Por unos segundos la sangre dejaba de correr para mimetizarse con la lámpara que nunca se movía. El zumbido era casi lírico, hipnótico, paseaba inocente chocando con los muebles en espera de encontrar migajas de pan o dulces a medio comer.

¿Se pueden tener muchos ojos y no advertir lo que ocurrirá?

-Polvo eres y polvo te convertirás.

Pronunciaba Tiberio, imitando a su madre cuando miraba las cenizas de su abuela colocadas en la chimenea. Solemnemente arrojaba la tierra al sepulcro. Sonreía y se iba corriendo con un palo de escoba que fingía ser un rifle.

Mientras se desploma rodando y rebotando hacia la base, llevan a otro hombre y lo tienden sobre el altar. Cientos de personas han perecido desde que la ceremonia se inició; otros cientos morirán antes de que termine.

Un perfume muy dulce e íntimo se acerca a mi mejilla, de reojo logro enfocar un cuello esbelto. Es Lidia, puedo sentir su barbilla en mi cabeza.

-¿Qué lees?

-Religión e Imperio.

La charla se realiza mirando a la calle, sigue instalada sobre mi cabeza como el cuervo de Poe sobre el dintel. Balancea el maxilar inferior encajándolo en alguna terminación nerviosa, logrando un extraño y enfermo cosquilleo; sus manos acarician mis hombros, bajan al pecho. Coge una servilleta de la mesa, saca un bolígrafo de mi chamarra, garabatea una frase, dobla la servilleta, le deja un beso y se va.

CUANDO HAGO EL AMOR QUIERO HACER LA REVOLUCIÓN, susurraban mis labios mientras leía el garabato que Lidia había escrito en la servilleta. Una invitación a su casa después del trabajo.



Gozaba de aquel mechón blanco que caía por su triangular rostro, era una llama blanca que recorría su cráneo hasta quedar colgado entre sus senos. La aguja rasguña el acetato, la perilla del volumen gira sin titubeos, las bocinas expulsan un bajo rítmico que se contiene a explotar. Lidia desabrocha sus pantalones... unas pantaletas floreadas se asoman misteriosamente al ritmo de la música. **CUANDO HAGO LA REVOLUCIÓN QUIERO HACER EL AMOR**, podía leerse en su omóplato izquierdo. Entonces la música estalló.

I wonder, how many times you've been had. And I wonder, how many plans have gone bad. I wonder, how many times you had sex. And I wonder, do you know who'll be next. I wonder, I wonder, wonder I do.

-¿Dices qué armó una revolución en Sudáfrica y nunca fue reconocido en Estados Unidos?

-Así es. Terminó como albañil, sin embargo el tiempo fue justo y dio una gira en Sudáfrica, allá la gente lo creía muerto. Cuando se presentó a su primer concierto hubo de 5 a 10 minutos de puros gritos, antes de iniciar la primera canción la frase que salió de su boca fue la siguiente: "Gracias por mantenerme vivo". Con una sencillez y agradecimiento por reconciliarse con la música, su música. Nunca hay que dar por muerta una causa, aunque esta sea muy personal.

Lidia era un compendio de datos ociosos, recolectaba historias que leía en la red o en documentales que compraba en los callejones del centro de la ciudad. Amaba el sudor que salía de sus ingles después de hacer el amor.

La escena se congela, cascos verdes se iluminan, rostros alargados miran perplejos al cielo. El líquido de una bomba molotov eructa en su interior a punto de hacer contacto con el fuego. El tableteo de las armas era similar al teclear de una máquina de escribir. Tiberio a punto de irse a casa le pide que se quede horas extras. Dando insultos al suelo acepta forzosamente. En caravana los camiones del servicio de limpieza van escoltados por el ejército. Su ruta es desconocida. Avanzan macabramente a una plaza que esporádicamente avienta tiros en la oscuridad.

Era su médico cuando iba de visita para charlar sobre política y camaradería. Ya había colaborado en una revista Oaxaqueña, tiraba puñetazos a figuras públicas de la Sierra Norte de Puebla, costándole un autoexilio a Dinamarca. El Doc, como se le conocía, recuerda a Tiberio con un rostro amable, barba cerrada y gorra en la mayoría de las ocasiones que lo llegó a ver. Nada polémico, Tiberio siempre se mostraba alegre, espontáneo.

Al igual que los cuerpos destrozados que se acumulan al pie de la escalera, esos cráneos pertenecieron a prisioneros de guerra.

Mañana toca examen de sociología y no podía terminar *Religión e Imperio*. Lidia no llega. Acostado en la banca del parque NOTO que si ves un árbol de cabeza sus ramas se transforman en raíces. El cielo ya no es tan azul, la lluvia amenaza con caer, ¿por qué Lidia no llega? El inframundo se pinta en cuestión de segundos ante mi distorsionada visión. A lo lejos una señora no muy grande se tambalea llorando, pidiendo ayuda. La lluvia no cae, guarda silencio para dejar escuchar los gritos que salen de su desesperada búsqueda.

-¡Mis hijas! ¿Dónde están? ¡Ayúdenme, alguien se las robó!

La gente se queda parada, nadie quiere tocar a la señora, el pánico invade al parque a punto de estallar en histeria. Me incorporo y todo está en su lugar, menos el rostro desfigurado de aquella señora. Me uno a la causa y empiezo a preocuparme por Lidia.

La lluvia no para de bailar con el viento, los truenos iluminan las curvas a las 9 de la noche. Mientras la cabeza rebota en la ventana del autobús Tiberio sueña.

Confundiéndose con el baño, abre la puerta y un cerdo abierto a la mitad se halla colgado, se convulsiona aunque ya no tenga órganos vitales, chilla y del hocico la sangre sigue brotando. El ruido de maquinaria pesada se hace ensordecedor, alrededor no queda nada, sólo un olor a tierra. A tientas intenta reconocer en donde está ahora, alcanza a distinguir un pezón, una nariz, un ojo, un pie, una mano aferrada a un papel. Unas gafas, un hoyo, olor a pólvora. Sus pies desnudos sienten frío, están rozando los labios de un adolescente de apenas 16 años con un balazo en la frente.

-Jefe ya llegamos.

Pasaron muchos años, vendía carnitas a lado de la carretera. Consiguió pareja, encontró gente de ideología en común. Después de mucho viajar se sentía cómodo en la Sierra Norte. El corazón lo tenía muy madreado, era cuestión de tiempo para acabar en una camilla con la boca abierta y el brazo intentando tocar el suelo.

-Su muerte me inspiró a publicar su historia. Nos dieron la portada, fue algo inédito. Él recordaba en donde quedaron. Lo decía con una calma, nunca observé algo elaborado o inventado. La razón de su visita fue por salud, seguía con complicaciones del corazón y sin trabas narró lo sucedido aquella noche de Octubre.

Adriano Duarte
Buenos Aires, Argentina

La excavadora manosea los cuerpos y los acomoda en los camiones del servicio de limpia. Las botas de hule le quedan a la perfección, la cal maquilla el hedor a rastro y tapa los rostros congelados por la muerte. No siempre el color blanco purifica las cosas. Los fluidos orgánicos se esparcen por la plaza, le dan de comer a esas piedras antiquísimas. Es el vino de los católicos la sangre de los aztecas, han asegurado el sol del siguiente día, la antorcha reboseante de las olimpiadas. Tiberio se desconecta del mundo sigue con las botas puestas. Las llantas del camión empiezan a atorarse mientras intentan avanzar, han llegado a una zona llena de minas, próxima a convertirse en relleno sanitario; para posteriormente albergar universidades, grandes edificios y un centro comercial.

Nunca terminé *Religión e Imperio*, deseaba con el corazón volver a sentir su barbilla en mi cráneo. Ver columpiar su mechón blanco hasta su boca. Escuchar sus historias.

De camino al trabajo el sol perfora mi espalda; el desgano y la rabia sin sentido se pegan como chicles a mis pies. Al horizonte un centenar de gente se aproxima compartiendo un solo objetivo, encontrar a sus familiares perdidos. Pensé que era el único que había perdido a alguien importante. La inercia de la masa humana me hace caminar con ellos, el silencio es el medio para comunicarse unos con otros. Los rostros y consignas hablan por sí mismas. El tiempo se ha roto, hemos recorrido un largo trayecto y no siento cansancio alguno, solo ganas de seguir con paso firme. La tensión crece, un grupo de granaderos nos espera en la esquina. De golpe paramos el paso, una chica de mi edad se para frente a mí, lleva una blusa de tirantes, en su espalda desnuda una frase tatuada me hace sentir vivo.

CUANDO HAGO LA REVOLUCIÓN QUIERO HACER EL AMOR

Recorro su espalda buscando su cintura, una bomba molotov está lista para ser aventada contra los granaderos.

-La historia no tuvo repercusión alguna, te daría un ejemplar pero entre tantas mudanzas lo he perdido. Puedes buscarlo en la hemeroteca del Instituto Cultural Poblano, la revista se llama *Ecooss y Expresión*.

Son las 6 de la tarde, empieza a soplar el viento frío de la Sierra Norte. La neblina se esparce por la carretera como fantasmas salidos de sus criptas, su esposa le hace un ademán para que suban las cosas al camión. Una mosca pasa por la nariz de Tiberio, intenta quitarla con la mano, frota sus dedos, están llenos de cal.

MELODÍA PERPETUA

Me arrastraron ante un piano marchito y me obligaron a que lo ejecutara. Me pasé así toda la tarde procurando hilvanar una escala. Después regresaron por mí y me dijeron que por ese día era ya suficiente. Así que me levanté para que me condujeran hasta el calabozo. Pero entonces uno de ellos se interpuso ante mí. *Tu calabozo está aquí dentro*, dijo el otro mientras levantaba la tapa y me empujaba al interior del piano.



Patricio Vega Arrobo

Loja, Ecuador

f: Patricio Vega Arrobo

FUE EL DESPERTAR Y NO TENER C A B E Z A

INCENDIO

Fuego extendido
en la horizontalidad de mis ojos

Fuego donde crece un bosque blanco

incendio constante
en la vértebra de mis pupilas

el **Fuego**
envuelve mi casa de papel
y un caballo humea entre cabezas devastadas

estallan mis pupilas
frente al bosque
que arde en mis manos
donde mujeres
y hombres
rugen entre líneas

los incendios ocurren en cabezas LOCAS y sin cielo
como la mía
los incendios acontecen en rostros no inmaculados
como mi rostro
los incendios crecen en bosques blancos
como los bosques
que sostenemos en las manos

caballos de fuego cabalgan mis pupilas
mi cabeza arde en la oscuridad del mundo

Este estómago que adquiere volumen delata mi lealtad ante la gula

Espero también que dentro de la esfera grasosa se esté engendrando el dios gusano que me acoja en la sepultura cuando el calendario no marque más días para mi existencia cuando la ciudad sea una manzana podrida que perfume la boca de la muerte

Contemplo frente al espejo el decrecimiento de mis escasos músculos y acaricio el bulto que sobresale sin estética

Desfiguración de la silueta de un hombre con el futuro incompleto este

abultamiento podría ser mi ego podría ser un "cementerio de pollos desprovistos de su esqueleto" podría también ser la casa de un animal amorfo con mi rostro o la inflación a causa del sedentarismo acompañado de lecturas vagas y por supuesto mi pertinaz lealtad ante la gula

Esta esfera de grasa y gas podría algún día aromatizar la boca de la muerte.

FUE EL DESPERTAR Y NO TENER CABEZA

La noche me arroja
cadáveres
desprovistos de LUZ

camino
y soy sombra en la ciudad-navaja

la noche es asesinada por un niño de
la calle
que mira el *cemento de contacto* vacío
y grita amor
ángel abandonado de LUZ
cadáver de la calle atravesando mi
retina

mientras escribo estoy perdiendo algo sobre mis hombros

entiendo que la poesía no crea cielos para ángeles huérfanos
que la poesía es una sombra adherida al cuerpo
de los que nacieron sin LUZ

fue el despertar
en una calle infinita de angustia
y ver perderse mi cabeza
en la niebla del último cigarrillo.



Carlos González Andino
Quito, Ecuador
f: Neandertal Neandertal

MEMORIAS (MADRE)

MEMORIA 1

Cuando era niño me gustaba mirar a madre cocinar, luego mientras murmuraba -nunca supe qué- y se perdía en sus cavilaciones, yo me acercaba diminuto a la cocina a mirar el fuego. Algo reverberaba en mi estómago. Contraía mi mandíbula hasta desviar los dientes y soplabla, me era tan placentero ese olor a gas. No recuerdo en qué pensaba, pero madre gritaba desesperada mientras me zarandeaba, balbuceaba de muerte, de droga, de enfermedad, citaba a Dios y me condenaba -madre, como muchos otros desventurados que he conocido, tenía algo de profeta-.

MEMORIA 2

Ayer madre ha muerto. Puse una moneda en su bolsillo para que se la lleve el diablo. Pero antes encontré su cadáver en la mañana, limpié su cuerpo, su vejez, su abnegación, la vestí para un funeral y al fin sentí calma, las flores del velorio exhalaban un olor familiar y antes de que termine el último sermón de mi vida, llovió, y pude irme a vaciar su habitación.

22



Laura Leticia Valencia
Ciudad de México, México
t: @LauraLValencia

Café

El café estaba tan diluido que, cuando lo echó en el fregadero, parecía sangre. Miró sus manos, prietas y arrugadas, y pensó largamente en cuántas veces se había aferrado a un Año Nuevo, a la fecha del cumpleaños, al inicio de un próximo mes.

Ella estaba en la otra pieza escuchando el tlac tlac tlac, pic poc pic de las gotas sobre los cientos de cubetas. El techo se anegaba y parecía saltar entre las grietas, mientras ella buscaba la belleza de la miseria con los ojos cerrados. Cándida, paciente, como siempre. Eso era lo que a él más le molestaba, esa pureza.

Desde hacía días, podía notar que una antigua cicatriz en la cadera volvía a escocer. Se golpeaba con las palmas y el dolor se iba unas horas, para volver sólo un poco más fuerte, más persistente. Había ocultado su origen y, cuando en la cama ella la veía, intentaba tapar la herida con las sábanas.

Así transcurría un atardecer largo, larguísimo, entre el sol y la sombra de junio. Si a ella le daba placer la lluvia, a él le recordaba una tristeza más. La casa permanecería vieja puesto que el dinero desaparecía tal cual llegaba y nunca había qué ahorrar para las reparaciones.

Pronto, sintió dentro de sí la semilla de algo más oscuro que su herida, que el suelo con olor a humedad, que las plantas del jardín carcomidas por las plagas. Volvió a sentirse perro, como siempre lo había sido. Robó demasiada luz, por tanto tiempo...

Ella seguía silenciosa, con una sonrisa y las narices bien abiertas. "El silencio oprime y descubre"- pensó él, y tomó una vieja alcayata, que estaba cerca de la estufa.

Intentó parar pero la sensación de urgencia y el preludio de algo distinto no le permitían aplazar su obsesión. Se sacudió, sin emitir una palabra, y decidió acabar con el dolor de la cicatriz y todos los dolores del mundo que llegaban hasta su cama por las noches.

Se escondió detrás de la puerta y escuchó aquella respiración ligera, mientras sus propios oídos palpitaban con el corazón. Avanzó y con una furia nueva, el cuerpo más vivo que nunca, atravesó la piel diez, treinta, cien veces. No contó ni contaría ya más, pues cada herida solamente destrozaba un poco de aquel ser tan distinto de sí, pletórico de una dicha que siempre le fue negada. No escuchó un solo quejido, aunque ella daba alaridos. Solamente le llegaba el ruido de sus entrañas, de los líquidos que ahí fluyen, de los movimientos de sus brazos.

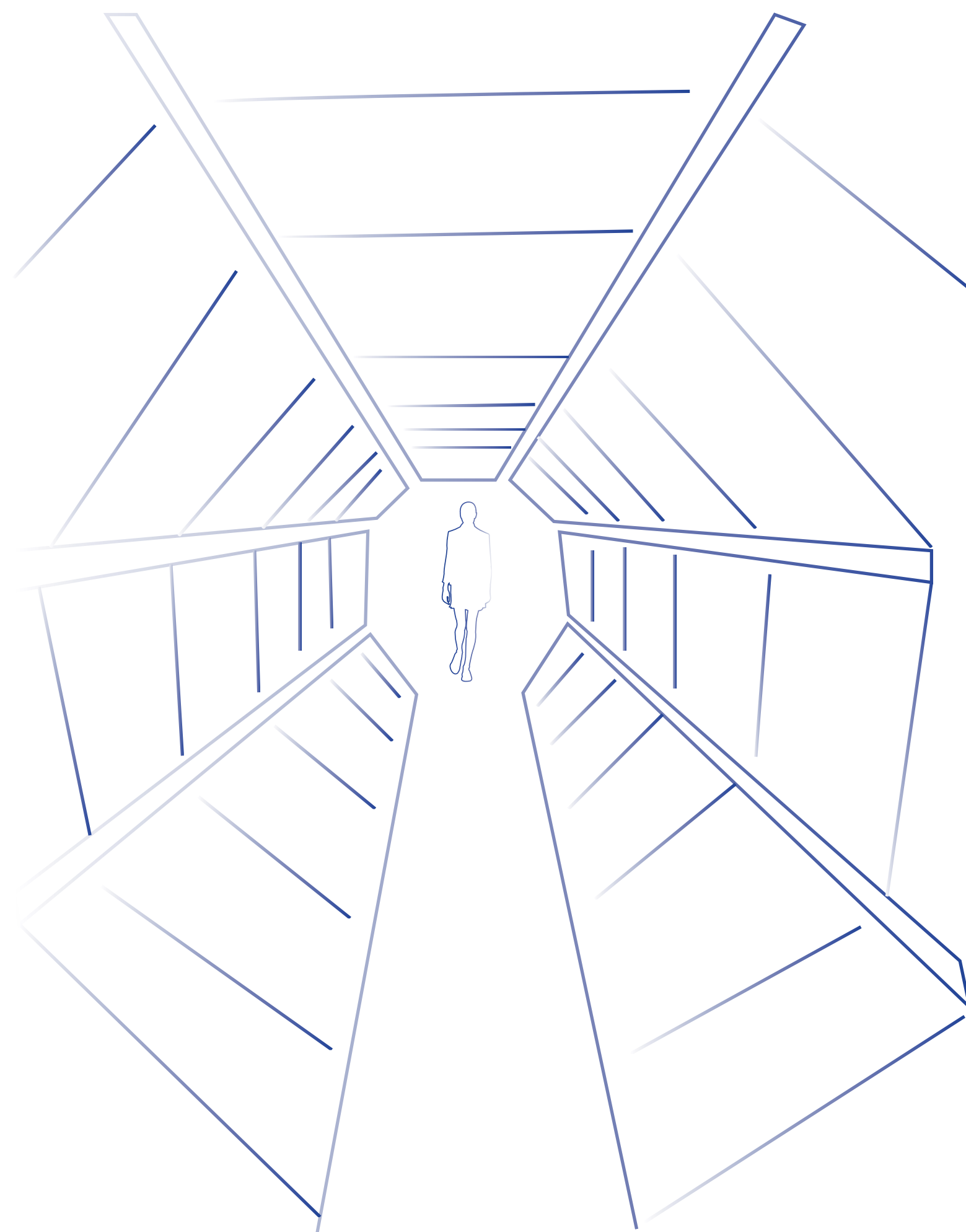
Cuando despertó, miró el desastre. Se arrastró a la cocina, estaba agotado. Toda la cordura que guardaba para el día siguiente, durante toda la vida, se esfumó en la víspera. Triste, pensó que solamente ellos dos habían cambiado. Las plantas estaban tan secas como siempre y el sol llegaba en los rincones del patio.

Hirvió el café y lo tomó despacio. A la mitad lo tiró, como hacía siempre. Ahora, le recordaba a su sangre.

23



Oliver Muciño
Ciudad de México, México.
f: Oliver Muciño



Santuario. Apología de la maldad

Es fácil sentirse agobiado si se reconoce el propio infierno en lo ajeno, es decir, en el otro. Es sabido el desprecio que Faulkner sentía por *Santuario*, probablemente por el modo tan natural en que en ella se corrompe la moral en todos sus sentidos, la maldad prevalece no sólo en los hechos y en las acciones de los personajes, sino más notablemente en la narrativa, es decir, en la atmósfera del lugar, en el ambiente se puede respirar la maldad, refleja un espíritu descompuesto de la sociedad, en donde el bien obrar se ve sometido ante la omnipresencia de lo perverso que resulta el proceder humano.

La historia se sujeta a dos núcleos que se entrelazan entre sí. De manera extraordinaria se van mezclando las historias en un tiempo que así como avanza, se detiene y vuelve, manteniéndonos todo el tiempo bajo la intriga por saber la pieza faltante de la trama, como en un rompecabezas que se va armando entre piezas carcomidas por el abandono. Horace Benbow, juez retirado, empeñado por hacer lo correcto, toma la defensa de un hombre, Lee Goodwin, condenado a muerte por un crimen que no cometió: el asesinato de Tommy, un discapacitado mental, Lee es un ex prisionero dedicado a la fabricación ilegal de whisky en una casa a las orillas del condado entre las ciénagas y manantiales. En el otro núcleo se halla la historia de Temple Drake, una estudiante caprichosa de dieciocho años que accidentalmente llega a la casa de Lee, donde conoce a Popeye, un inadaptado social con una enfermedad de nacimiento que le impide desarrollarse sexualmente como hombre, Popeye viola a Temple con una mazorca y la rapta para llevarla como su mujer dentro de un prostíbulo, donde la obliga a tener sexo con otro hombre mientras él los mira, Temple, que estuvo presente en el asesinato decide declarar en contra de Lee, quien es asesinado en un incendio provocado por la ira de una muchedumbre.

Benbow representa la lucha moral, es el único que se empeña por hacer justicia, porque ni siquiera Lee quiere defenderse, se ve influido piadosamente por la mujer de Lee y su hijo, que lleva en brazos; de cierta forma Benbow quiere redimir su vida fracasada, es

un hombre inseguro, pareciera que su bondad lo vuelve torpe, y así resulta frente al sistema endemoniado que enfrenta, sus relaciones personales son malogradas, además de que desarrolla cierto cariño incestuoso hacia su hijastra y su hermana. Benbow es la esperanza rota, el intento frustrado del bien por sanar el mundo, sin llegar a sucumbir en el quehacer malvado de los que lo rodean termina por volverse inútil, se ve devorado por la mancha de la podredumbre de una sociedad hundida en los pantanos sureños de los Estados Unidos. No es casualidad que Tommy bajo su condición de enfermo mental fuera el que intenta proteger a Temple en casa de Lee, razón por la que fue asesinado, es el claro ejemplo de la bondad violentada hasta la muerte; Tommy es la víctima de su discapacidad, de su torpeza que lo volvía naturalmente bueno.

En *Santuario* la maldad se presenta como la vía natural de los hombres para ser hombres, en una lucha de sobrevivencia se baten los unos con los otros por salir librados de la eterna batalla por el poder de hacer lo que les plazca. En un Estado incapaz de ejercer la ley, los débiles y los tontos están condenados. Popeye con su corpulencia sesgada por la enfermedad, su vestimenta mortuoria y su mano siempre en el bolsillo sosteniendo un revólver, encarna la maldad en todas sus posibles expresiones, un tipo desalmado, con traumas severos ocasionados en su infancia que lo volvieron insensible, nos revela un estado psicótico incapaz de sanar, como lector uno va entendiendo el origen de su malévola conciencia, y en un ambiente en el que se engendra la maldad a sí misma es él quien logra ser más capaz e inteligente, su alma cobija todo el desprecio, todo el rencor, todo la crueldad que en el exterior habita como condición normal.

Sí, la maldad se engendra a sí misma, y la maldad necesita víctimas y victimarios. En *Santuario* todos los personajes son víctimas en distintos niveles, desde Temple que en su inocente ingenuidad se ve agraviada por los hombres, o Lee que termina siendo la víctima de sus propios actos que lo vuelven el culpable de un crimen que no cometió, o su esposa, Ruby, que sufre los sin sabores de su amor pervertido por Lee, o su hijo, víctima del mundo; dentro de este devenir Popeye es quizás la más grande víctima y el mayor victimario, se ve agraviado por la naturaleza, por la sociedad, y por sí mismo. Aquí podemos comprender el desprecio de Faulkner hacia *Santuario*, creó un mundo sumido en la maldad, que es el motor de la historia, es la cuña que asesina la esperanza, y nos llena de escenas llenas de crueldad, una muchacha violada, un niño que duerme entre las ratas, políticos corruptos, una suerte de justicia ciega y sorda, una proxeneta alcohólica, un funeral donde el muerto pierde hasta la decencia de morir, una muchedumbre rabiosa y asesina, la moral agotada y debilitada pero sobre todo inútil, nos obliga a mirar a los ojos al hijo malvado de los hombres, que se esconde en la oscuridad de las almas podridas.

Faulkner mantiene la trama en una decidida tensión. Con una narrativa en sumo compleja, nos muestra muy poco, al punto que uno puede terminar con un lío en la cabeza, los saltos repentinos de tiempo, los escenarios vacíos y los que son como un espiral en un vaivén de descripciones, los personajes imprevistos que son tan sólo un puente necesario y otros tantos puentes inexistentes, que para cruzar hay que sumergirse en las aguas turbias para salir del otro lado y encontrarnos con el pasado, bajo la huella de un cielo nublado. La narrativa de Faulkner es el pantano en el que los personajes surgen como hierba atorada, y como lector uno hace un pacto con lo profundo de una noche oscura alumbrada por el fuego desatado de una horda iracunda de ciudadanos.

Santuario nos hace pensar la muerte como único castigo posible, y como única solución, en un mundo donde el error es sinónimo de humanidad, y donde la idea de un juicio final nos alcanza a todos; en las consecuencias de un intento fallido de la moral y bajo el yugo que supone el triunfo del mal sobre el bien, el triunfo de la muerte sobre la vida.

Salenka Chinchin
Quito, Ecuador

NIÑOS PERDIDOS

+ALGUNA SED

+DE ESTE LADO DEL MIEDO

En caída, miramos el pavimento
nadie a salvo,
porque aquí, del otro lado,
los niños perdidos
somos todos

Alguna sed

Se infiltró un inicio
cuando me creí sola
en el eco del asombro
incapaz de nada

Raso comienzo
me coloca en una garganta:
una migaja para saciar
alguna sed
que no es la mía

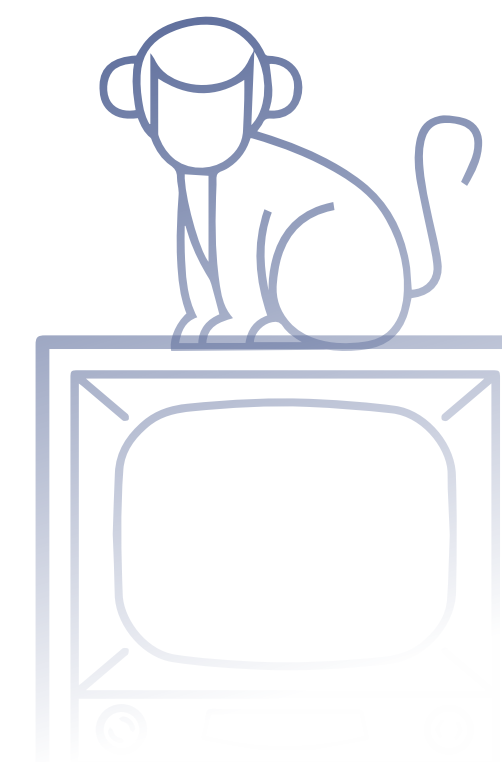
De este lado del miedo

Y sentada junto a la pelota de alambre
con mi escasa fe creada u oculta
algo haré
quizá me recogeré con animales sordos
que nunca han maullado,
sacaré las cosas para jugar
cantaré lo que haga falta

Invitaré a los hombres a manejar su propia
carne,
no será suficiente
que un sonido azote el mar de tal forma
que aterrados nos deje en la orilla
secos
ciegos
tristes

Pero hoy,
alguien dijo algo que para mí es cierto
y de este lado del miedo
no hay esperanza

Rodrigo Ramírez del Ángel
Nuevo León, México
f: Principerodrigo



Cuatrocientos mil changos no pueden estar en un error, era el ardid publicitario que vendía con fondo de orquesta el mejor antidepresivo jamás inventado. Las farmacias como taquerías: filas y dobles órdenes: en la compra de dos combo-homínido el agua Ciel de seiscientos es gratis. Las personas se iban con risas histéricas, bronceadas y con cuadrillos en el abdomen. La FDA había prohibido la prueba de medicamentos en humanos, a causa del suicidio masivo de unos años atrás.

La nación entera se dedicó a hacer yoga y a admirar el vuelo de las mariposas. Las iglesias se vaciaron, y los padres católicos aceptaron el sexo premarital como una bendición de una deidad que dejó de existir en la primera toma. El sol nunca más fue tan fuerte, ni el frío tan calador. Ernesto no cuadró en aquel romance de pincel fino.

Los pocos científicos que, por amor al arte, siguieron en su oficio se dedicaron a estudiarlo. El incapaz, fue nombrado por

los noticieros: caso único de la persona infeliz en el mundo perfecto. Se descubrió que él contaba con un defecto genético que solo el punto cero cero cero cero uno por ciento de la población tenía: era inmune al coctel.

El estatus de celebridad llegó pronto: de ser una sección curiosa más del noticiero inerte, pasó a tener el programa estelar en la televisora. Un púlpito grisáceo y el sonido de estática anunciaban el *show* con el mayor rating de la historia. Y ahí salió Ernesto, con cara complaciente, eterna: playera blanca y jeans pulcros. Una o dos frases esputaba con un nudo en la garganta y la multitud hacía erupción en júbilo y cantos unisonos sin ensayar.

Algunas veces, Ernesto rompía en llanto, otras tantas, lograba sostenerlo hasta que sus cachetes se tornaban carmín. Su cara morena dejó de aparecer en las pantallas nacionales y después de unos días, nadie lo recordaba. Los changos siguieron bailando en los comerciales

La importancia

“

Puertas del corazón, perro apaleado, veo un templo, tiemblo, ¿qué pasa? No pasa. Yo presentía una escritura total. El animal palpitaba en mis brazos con rumores de órganos vivos, calor, corazón, respiración, todo musical y silencioso al mismo tiempo. ¿Qué significa traducirse en palabras?

LA EXTRACCIÓN DE LA PIEDRA DE LA LOCURA, ALEJANDRA PIZARNIK

ESPORA